

Libro

El día del Señor nos salva del agotamiento, palabra de Kirk

ECCLESIA

15_12_2025



**Luisella
Scrosati**



Stop, in the name of God: no es un llamamiento a silenciar las armas, a poner fin a las injusticias sociales, a acabar con los abusos contra los más débiles. El título del libro, publicado el martes 9 de diciembre, de Charlie Kirk, el conocido activista

estadounidense asesinado el pasado 10 de septiembre, se refiere a algo más fundamental y primordial, pero que nuestra deteriorada cultura occidental no solo ha olvidado, sino que incluso ha prohibido: la santificación del día festivo. Que el hombre reserve un día de la semana a Dios y no a Mammona es algo inconcebible en una cultura que ha declarado abiertamente querer cerrar el Cielo a los hombres. «No tendrás otros dioses fuera de mí» es el mandamiento que el Dragón ha sustraído furtivamente al Creador y que ha ordenado a las dos Bestias que repitan incesantemente a los hombres, encerrándolos en un sistema de beneficio y diversión forzada.

Y **los domingos todavía se concede** a alguna categoría de trabajadores «descansar», es solo para que inviertan su tiempo y su dinero en sostener el sistema productivo del turismo y el ocio: otros tienen que trabajar para que tú puedas «descansar» entre outlets, centros comerciales y centros de bienestar. Si la ley, al menos en Italia, sigue estableciendo que debe haber veinticuatro horas de descanso cada siete días laborables, es solo porque el empleado que descansa tiene, de hecho, un mayor rendimiento; lo que, traducido, significa que nada puede concebirse como verdaderamente independiente y superior al trabajo, sino solo como funcional al mismo.

Efecto de la falta de las Sagradas Escrituras y de la Tradición de la Iglesia reconocen muy bien en este delirio la cifra de la esclavitud por excelencia, la impuesta por el mal para que no adore a Dios. Una y solo una cosa teme y odia él, que se ha negado a servir a Dios: que los hombres dejen sus actividades para elevar sus corazones a Dios y adorarlo. Los acontecimientos del Éxodo son el paradigma de esta incesante y frenética actividad del mal para robar a los hombres el tiempo e incluso el recuerdo de adorar a su Dios: «Los egipcios hicieron trabajar a los hijos de Israel tratándolos con dureza. Les amargaron la vida obligándoles a fabricar ladrillos de barro y a realizar todo tipo de trabajos en el campo» (Ex 1,13-14).



Moisés y Aarón se presentaron varias veces ante el faraón para comunicarle la orden del Señor: «“El Señor, Dios de Israel, dice: Deja ir a mi pueblo para que me celebre una fiesta en el desierto”. El faraón respondió: “¿Quién es el Señor, para que yo deba escuchar su voz y dejar ir a Israel? No conozco al Señor y tampoco dejaré ir a Israel”» (Éxodo 5, 1-2). El faraón, tipo del Anticristo, no reconoce al Señor y, por lo tanto, no reconoce el derecho/deber de su pueblo de detenerse para adorarlo. No existe el día del Señor, porque no existe el Señor. Y si no existen el Señor y su día, tampoco existe la libertad del hombre.

El libro de Kirk se alza como un grito de protesta y resistencia frente a un mundo anticristiano hasta la médula, que solo comprende la lógica del mercado, la distracción, la cosificación del hombre; un mundo en el que el estrés, hasta el agotamiento, devora cada año a millones de personas, provocando enfermedades físicas y mentales y destruyendo relaciones conyugales, parentales y de amistad. Charlie Kirk, como otros millones de personas que tienen una carga de trabajo como la suya e incluso menor, era el candidato perfecto para entrar en la espiral del agotamiento psicofísico, en sus formas más variadas. Pero la observancia del sabbat, admite su esposa, Erika Kirk, en la presentación del libro, «lo salvó del agotamiento. Charlie no escribió un libro sobre el sábado porque quisiera comprender el impacto que tendría en su vida. Lo hizo porque sabía que funcionaba. El sabbat lo salvó».

No le resultó fácil entrar en la lógica del auténtico descanso; esas «vacaciones semanales de salud mental», como las definió Erika, fueron una conquista lograda poco a poco y no siempre observada adecuadamente, pero siempre con la conciencia de que «el sábado es el único mandamiento que, si decides no observar, eres tú quien pierde la bendición. No Dios». A decir verdad, cada mandamiento es para el hombre y cada vez que el hombre se aleja de los mandamientos divinos, es siempre él, como individuo y como sociedad, quien sale perdiendo. Y esto ocurre inevitablemente, aunque nos demos cuenta cuando ya es demasiado tarde. Y aun entonces, estamos perdidos, incapaces de reconocer las señales que nos envían nuestro cuerpo personal y el cuerpo social, y aún más incapaces de encontrar el remedio, ansiosos como estamos por pedir siempre a la “ciencia” las soluciones a los problemas del hombre, que en verdad solo su Creador es capaz de indicarnos y darnos.

Kirk nos ayuda a reconocer y afrontar las habituales “excusas” que nos distraen de detenernos en el día del Señor para adorarlo. La primera es un sentimiento generalizado de culpa que se siente al concederse un descanso: «Si tomarte un día libre te pone ansioso o te hace sentir avergonzado, entonces debes preguntarte: ¿qué estoy

adorando realmente? Ningún ídolo condena el descanso como el ídolo de la productividad. Este es el becerro de oro de la era moderna». La segunda: no tengo tiempo. Pero la verdad es que realmente no queremos estructurar nuestro tiempo, estableciendo prioridades y eliminando las frecuentes distracciones, especialmente aquellas que hemos permitido que nos invadan: las aplicaciones de redes sociales, que Kirk invita a eliminar drásticamente. «Lo que sentirás —escribe— no será abstinencia, será un despertar».

Además: el trabajo no debe convertirse en una forma de servidumbre de la que no podamos desprendernos. Hay que hacer todo lo posible por organizar la semana de manera que el día del Señor no haya que terminar trabajos, no se nos moleste con llamadas y mensajes de trabajo, no estemos continuamente mirando el teléfono. Kirk exhorta a no posponer esta «planificación» del propio tiempo para poder estar libre para Dios; no hay que esperar circunstancias mejores, porque estas circunstancias nunca llegarán: «Nunca estarás sin compromisos. El descanso no llega por casualidad. Lo eliges tú. El sabbat no tiene que ver con tener tiempo; tiene que ver con la decisión de parar incluso cuando todo lo demás te dice que sigas. El descanso requiere valor. Significa enfrentarse a nuestro miedo a que el mundo se derrumbe si dejamos de trabajar. Significa elegir la confianza en lugar del control».

La capacidad de vivir el descanso y el culto en el día del Señor es el termómetro de un hombre y de una sociedad: cuanto más se acerca a cero, más imperan la utilidad y el beneficio, y el hombre solo se entiende en función de esta utilidad. Cuanto más baja es esta temperatura, más acepta el hombre que se le impongan las cadenas del Anticristo. Para romper el círculo de la mera utilidad, no basta con que el hombre se reserve tiempo para pensar en sí mismo: es necesario que reivindique su ser-para-Dios. Y solo volviéndose hacia este Principio que está por encima del horizonte de la historia, el hombre se aferra al principio de la verdadera libertad.

Cuanto antes nos demos cuenta de que nosotros mismos nos hemos puesto las cadenas que el Anticristo nos ha traído, como si fueran joyas preciosas, omitiendo observar el día del Señor, antes se acercará nuestra liberación. Kirk nos insta: «Deja que el sábado sea tu rebelión semanal» contra este poder que nos quiere cada vez más esclavos.